

Rosa Brambila Paz

Ignacio Guzmán Betancourt

(recop., trad. y prol.)

Aztlán

México, Siglo XXI Editores (Serie Los Once Ríos), 1998, 316 pp., ils., láms., mapas.

El libro que Ignacio Guzmán Betancourt recopiló, tradujo y anotó, además de hacer el prólogo, reúne cuatro trabajos de Carl Sauer: “Aztlán: frontera prehispánica mesoamericana en la costa del Pacífico”; “La distribución de tribus y las lenguas aborígenes del noroeste de México”; “La población aborigen del noroeste de México” y “La ruta de Cibola”. La publicación se puede presentar desde muchas ópticas. Se podría mencionar que al trasladar los textos de Carl Sauer de un inglés personal al español de México, el traductor nos acerca a una concepción o a una forma de vida, y que también reanima y renueva los conocimientos y el trabajo del sabio. La reconstrucción histórica, con el apoyo de los documentos, la arqueología y la etnografía, sería otro rubro sobre el cual me gustaría abundar. Otro tema que se podría discutir es la relevancia del trabajo de campo dentro del saber antropológico. El investigador insiste varias veces en que recorrió el noroeste palmo a palmo, a veces en coche, otras a caballo e incluso a pie y, gracias a su visión de geógrafo, introduce el paisaje como un factor más de la explicación de lo social. El trabajo en el terreno —dice el autor— le permitió tener un conocimiento íntimo de su objeto de estudio.

Su misma formación de geógrafo le permite construir una unidad histórico-cultural-ambiental. A diferencia de las áreas culturales de Mesoamérica, creadas posteriormente, el noroeste propuesto por Sauer es incluyente. Dentro

de este territorio se distinguen varias regiones. En fechas recientes Caraggio, Lepetit, Sack, y en nuestro país, Ramírez y Hiernaux, han desenterrado la discusión sobre la validez de las regionalizaciones. Unos especialistas hacen hincapié en los elementos culturales, otros en la organización administrativa, en los servicios, y algunos en la fauna, en el suelo, o bien en la organización política y lingüística, para determinar qué es lo que define una unidad. Me parece que la manera en que se articulan los componentes sociales y naturales para definir el noroeste y sus demarcaciones responde en la práctica a algunas preguntas teóricas de nuestros días.

Como señala Guzmán Betancourt en el prólogo, las investigaciones de Sauer siempre se realizaron en equipo y estuvo en contacto con historiadores, arqueólogos y antropólogos. Y aquí me gustaría detenerme un poco.

En estas épocas en que el neoconservadurismo intenta romper toda la normatividad y fomentar el aislamiento para enriquecer a unos cuantos, de la misma manera en que lo hizo la avaricia de los españoles, leer el libro de *Aztlán* es un recordatorio de lo fructífero que resulta el trabajo colectivo. El rigor académico, la tenacidad y la paciencia de la investigación, así como un trabajo apasionado son los elementos que caracterizan los cuatro trabajos reunidos en el volumen; pero lo que más llama la atención es que las hipótesis que generan y conducen los trabajos surgen

exactamente de la interdisciplina. Veamos el ejemplo del trabajo de “Aztlán: frontera prehispánica mesoamericana en la costa del Pacífico”.

Las fronteras fueron de los objetos de estudio que estuvieron en la génesis de la geografía como disciplina científica. Recordemos el símil que hacía Ratzel entre las fronteras de los nacientes estados y la piel. La arqueología y la historia se han preocupado por las sociedades del pasado. En el caso que interesó a Sauer, entonces, la frontera se convierte en un área establecida y organizada con propósitos sociales: es un ambiente físico transformado en social, como tal, no le es preexistente al conjunto de hombres que la instituyó. Así, con la idea de la arqueogeografía que se propone en el texto, da las bases para lo que más adelante autores como Pradilla y el mismo Saks llamarían territorio.

Ciertamente, siguiendo a Sauer, la frontera puede ser entendida como fenómeno social que cae dentro de los procesos globales de construcción territorial, en donde se crea un área dentro de la cual el grupo social impone un orden, una administración y, sobre todo, donde ejerce el poder. Al establecer la frontera; lo político, lo económico y lo social quedan inscritos en un espacio que singulariza a la sociedad que lo domina. Así, la frontera y su ubicación, al igual que cualquier otro fenómeno social, no es accidental; es el resultado necesario de los propósitos de grupos, por lo que depende del tipo de unidad política, so-

cial y cultural. Con este enfoque, Sauer concluye que Aztatlán perteneció a la zona de las altas culturas mesoamericanas.

La interdisciplina como herramienta heurística también queda plasmada en los estudios de la población aborigen y la distribución de las tribus y lenguas aborígenes del noroeste. Los coras, huicholes, acaxeos, xiximes, cahítas, tahues, guasaves, pimas, seris, ópatas, jovas, tepehuantes, jumanos, sumas, entre otros tantos grupos, constituyen unidades con características culturales propias que permiten determinar sus semejanzas, pero al mismo tiempo distinguir sus diferencias. La distribución geográfica, la profundidad histórica y la dinámica antropológica permitieron a Carl Sauer cimentar las propuestas para identificar la personalidad del noroeste y reconocerla, así, como una región. Esta unidad territorial, histórica y social está amarrada por una red de caminos que el estudioso ve como “el eslabón que une al pasado remoto con el presente”, con diferentes grados de intercomunicación e intercambio. La ruta de Cíbola, como el autor llama a esa red de caminos que van del centro de México a las tierras costeras hasta la región norteña, cruza con las sucesivas exploraciones españolas que se reconstruyen gracias al trabajo de campo realizado por Sauer.

Éstos son apenas algunos de los puntos que el lector encontrará en el libro, aunque se podría seguir enumerando otros temas que estoy segura interesan a un público muy variado.

Verónica Trinidad Martínez
y Celia Rodríguez

Feria Exposición del Libro de Antropología e Historia

Considerada como la única feria del mundo especializada en temas de antropología e historia, se efectuó la XI edición de la Feria Exposición del Libro de Antropología e Historia (FELAH) en el marco de las celebraciones por el 60 aniversario del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

La FELAH, alojada en el Museo Nacional de Antropología del 14 al 24 de octubre, fue inaugurada por María Teresa Franco, directora general del INAH; Alfonso de María y Campos, director de publicaciones del Conaculta; Adriana Konzevik, coordinadora nacional de difusión del INAH; Fernando Trillas, tesorero de la CANIEM, y Consuelo Maquívar, en representación del jurado de los premios *Antonio García Cubas* y *Carlos Esteban Brasseur de Bourbourg*.

“Al celebrar las seis décadas del INAH, encuentro que esta Institución —que ha cumplido fielmente con su misión de investigar, conservar y difundir el patrimonio cultural— ha reunido a muchos de los mejores hombres de la cultura en México. Hoy día, el Instituto mira al tercer milenio con gran apertura y con la capacidad de colaborar con otras instituciones”, declaró María Teresa Franco durante la inauguración.

El objetivo de la FELAH es acercar a la gente de forma recreativa al sorprendente mundo de los libros. En esta ocasión participaron 30 editoriales que exhibieron más de cuatro mil títulos.

Por otro lado, la exposición de libros reunió 250 títulos de auténticas joyas bibliográficas que incluye valiosos títulos del siglo XIX que se encuentran resguar-

dados en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, así como de la Coordinación Nacional de Difusión. La muestra abarca desde el primer libro editado —*Álbum de antigüedades de México*— por el Museo Nacional 1827, cuando se editó el primer impreso del Museo Nacional, antecedente del INAH; también exhibe los volúmenes originales, ediciones facsimilares, como es el caso de los códices, otros están mencionados en cedularios y expuestas sus portadas en fotografías; además incluye recientes publicaciones. Asimismo estos libros se fomentaron en una exposición virtual, en la cual por medio de las computadoras, el visitante podía consultar algunas de sus páginas, mismas que han sido “escaneadas” y fotografiadas con cámaras digitales. La exposición virtual cuenta con 300 libros aproximadamente; para consultarla se colocaron seis computadoras, una en cada sección, las cuales fueron manipuladas por los visitantes.

La historia de la producción editorial en el INAH se dividió en seis secciones: *Historia*; *Arqueología*; *Antropología*; *Códices*; *Arte, restauración y conservación* y *Publicaciones periódicas, guías y homenajes*. Entre los libros más representativos se encuentran el primero y el segundo título que publicó el Museo Nacional, *Colección mineralógica de este Museo Nacional*, en 1852, que constituye el inicio de la labor editorial. De igual forma se encuentran *El calendario mexica y la cronografía*, de Rafael Tena; el *Álbum de colecciones arqueológicas* con textos de Manuel Gamio; *Arquitectura*